

Legado político precursor de Fidel

Fidel's precursor political legacy

Dr. C. René A. Márquez-Castro

rmc@espnl.co.cu

Escuela Superior del Partido Único López, La Habana, Cuba

Resumen

El Comandante en Jefe ha destacado la importancia de tomar en consideración los procesos distintivos de la región latinoamericana de acuerdo con las tradiciones nacionales durante los siglos XIX, XX e inicios del XXI, para la fecundidad de la interpretación marxista. La vigencia de su pensamiento paradigmático demanda proseguir su estudio, ante todo para nutrirnos de sus ideas esenciales para la renovación constante en la práctica del proyecto de transformación comunista como propósito político; que debe sustentarse en la investigación, el conocimiento y la crítica para la creación práctica de las alternativas necesarias. No debe olvidarse que la autonomía de la ciencia y su capacidad para juzgar y nutrir a la política de certidumbre, hace posible un diálogo retador y *sui generis* de las ciencias sociales con la política.

Palabras clave: Fidel Castro, legado y pensamiento político, pensamiento revolucionario, Revolución cubana

Abstract:

The Commander in Chief has stressed the importance of taking into consideration the distinctive processes of the Latin American region in accordance with national traditions during the nineteenth, twentieth and early twenty-first centuries, for the fecundity of the Marxist interpretation. The validity of his paradigmatic thinking demands to continue his study, first of all to nourish us with his essential ideas for the constant renewal in the practice of the communist transformation project as a political purpose; which must be based on research, knowledge and criticism for the practical creation of the necessary alternatives. It should not be forgotten that the autonomy of science and its ability to judge and nurture the policy of certainty, makes possible a challenging and *sui generis* dialogue between the social sciences and politics.

Completar.

Keywords: Fidel Castro, legacy and political thought, revolutionary thought, Cuban Revolution

Introducción

“La transición de un sistema social a otro se viene haciendo desde hace más de 40 años”

Fidel Castro Ruz
Unesco, 22 de junio de 2000

En torno al pensamiento prolífico y paradigmático de Fidel, es inobjetable que proseguirán las valoraciones desde ópticas diversas, intercambios académicos y políticos, así como diálogos y debates asociados a acontecimientos internacionales, regionales y nacionales ya transcurridos, o procesos que transcurren y, sobre todo, a problemáticas actuales e interrogantes sobre el futuro socialista de nuestra patria.

Es pertinente meditar en los cimientos del porvenir con realismo político, en especial sobre los obstáculos subjetivos que pueden interponerse en el camino ignoto y que en la conducción política de los procesos socioeconómicos, políticos y culturales, pueden expresarse con reiteración o nuevas manifestaciones, incluyendo las nuevas dinámicas generacionales, ya que se trata de que el futuro supere con creces al pasado y al presente. Estas consideraciones enmarcan algunos momentos lectivos o pasajes precursores que pudieran aportar precedentes para meditar sobre nuestra historia.

Fidel realizó indagaciones sobre la evolución teórica de los clásicos de la política, procuró la racionalidad y pertinencia de sus análisis respecto a la dinámica de las contradicciones y, sobre todo, se cuestionó el grado en que las teorías expresaban correlatos con las diferencias y complejidades de procesos históricos contemporáneos y latinoamericanos.

Fue vital, como destacara en varias oportunidades, el *sui generis* proceso intelectual especial, que le posibilitara desplegar su óptica dialéctica entre lo nacional y lo internacional. De este modo, logró ser portador de un espíritu antidogmático, que incluía la temprana influencia recibida por determinada literatura marxista y leninista.

El Comandante en Jefe ha destacado la importancia de tomar en consideración los procesos distintivos de la región latinoamericana de acuerdo con las tradiciones nacionales durante los siglos XIX, XX e inicios del XXI, para la fecundidad de la interpretación marxista. Por ejemplo, las complejidades sociales, culturales e

institucionales vinculadas con la colonización y la neocolonización, así como la impronta homogeneizadora del sentido común de conductas, consumos y valores, favorables a la dominación ideopolítica del neoliberalismo.

Es significativo subrayar su convicción de que los fundadores del marxismo no pudieron prever y/o desarrollar todas las derivaciones de sus investigaciones, concentradas en la inmediatez del capitalismo. Por tanto, persistió en el criterio de adecuar e impulsar las concepciones y teorías para desplegar y fertilizar, ante los desafíos, el camino revolucionario nutriéndose de diversas fuentes para crear alternativas. Tampoco puede obviarse la diversidad de momentos y espacios que desde el 1959, sobre todo durante los años 60, que son fuente permanente de estudio sobre formulaciones y concepciones con el concurso de un lenguaje no solo político, sino también académico, que reafirman su capacidad como intelectual.

Durante la primera década de la Revolución reflexionó con maestría sobre la necesidad de esclarecer la complejidad de procesos y acontecimientos enfrentados. Destacó que las mejores armas radican en el estudio, en la profundización y la asunción renovadora del marxismo y del leninismo, para conformar una nueva visión marxista como instrumento de luchas en América Latina.

En declaraciones a la prensa, de las que se hizo eco la revista mexicana *Política* en 1967, Fidel afirmó que antes del golpe pensó utilizar los medios legales, el Parlamento como un punto de partida desde el que podría establecer una plataforma revolucionaria y movilizar las masas a su favor. No como medios de llevar a cabo esos cambios directamente, pues estaba convencido que ello solo podría ser realizado por una vía revolucionaria. Con posterioridad, añadió: “Una vez en el Parlamento, quebraría la disciplina del Partido y presentaría un programa integrado prácticamente por todas las medidas que, desde la victoria de la Revolución, han sido transformadas en leyes” (Benítez, 2008, p. 5). En tal sentido, se inscribe el Manifiesto del Moncada, como una de las grandes lecciones de Fidel, como afirmara Pablo González Casanova (González, 2016).

Por ello, ninguna interpretación teórica puede prescindir del hecho cierto de que el proceso revolucionario cubano “[...] ni mostraba una ideología previamente anunciada,

venía por derroteros que se apartaban de cauces ya explorados. Afirmaba, ante todo, su originalidad y autoctonía” (Alarcón de Quesada, 1999, p. 5).

No fue casual que en el año 2002, retomara el asunto y enfatizara:

Nadie nos trajo las ideas; elaboramos nuestras ideas, nuestras tácticas y, a pesar de lo que dijo Engels una vez, realmente, que desde que se hicieron las grandes avenidas en París y los fusiles de retrocarga eran imposibles las insurrecciones, yo siempre medité en aquello y estaba en desacuerdo, porque si hubiéramos estado de acuerdo con ese punto de vista no habríamos intentado hacer una revolución (Castro, 2002, p. 100).

Es por ello que desde los años 60 del siglo pasado, como expresión del debate nacional e internacional, reiterara que

[...] los que nos consideramos marxistas-leninistas, estamos en la obligación de analizar estos fenómenos nuevos. Porque no puede haber nada más antimarxista que el dogma, no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles (Castro, 1968, p. 30).

En tal sentido, algunos representantes de la cubanología aceptan la presencia de la ideología y el carácter socialista, pero como resultado de “los sinuosos cambios” ideológicos de la revolución hasta que adoptó el marxismo-leninismo, aproximadamente en 1961 como “ideología foránea”.

En resumen, se concentra en la figura de Fidel, a propósito de la concepción sartreana que le asignara el mérito de haber descubierto que la “práctica” condicionaría todo el movimiento de la ideología revolucionaria y, por ende, marcó la ambivalencia desde una perspectiva ideologizante-desideologizante, en la búsqueda de la identidad de la Revolución (Márquez, 2009).

Por ello, los que pretendieron otorgarle rango absoluto de premisa teórica a la Revolución cubana respecto a los restantes procesos de la región, no tuvieron en cuenta la insuficiente teorización de dicho “período virginal”, como le llamara Fidel. Por tanto, no se tenía clara conciencia de que un proceso de este tipo siempre es imperfecto e implica un caos inevitable, difícil de explicitar o prever, como un camino prominentemente de aprendizaje. Ante tales enseñanzas enfatizó:

El pensamiento marxista-leninista, el pensamiento de Engels, el pensamiento del Che, tienen una vigencia permanente, siempre y cuando no se les considere

dogmas inmutables [...] no se puede tomar el pensamiento de ningún teórico o político, como algo inflexible, como algo dogmático. [...] Nosotros debemos evitar que el pensamiento de los políticos más ilustres, de los revolucionarios más esclarecidos, se convierta en dogma, porque incluso cada pensamiento responde a un momento determinado (Castro, 1992, p. 85).

Precisamente, en la originalidad de su fecundo pensamiento y fuerza telúrica, como calificara el Che, podemos aquilatar sus convicciones y el carisma como ingredientes de su “optimismo de la voluntad”, denominada por Atilio Boron “expresión gramsciana de Fidel” (Boron, 2017) que fusionada, a juicio nuestro con su “insatisfacción crítica”, han constituido pilares de simbiosis de ideales e ideas, para forjar en cada momento histórico, concepciones y acciones unitarias como alternativas renovadoras y progresivas dada las complejidades de la transición al socialismo.

Desde los inicios de la lucha por alcanzar acciones unitarias, en Fidel se operó una síntesis entre el legado leninista y el martiano sobre lo innecesario de la opinión servil para arribar a la unidad de pensamiento como requisito indispensable para el éxito de un programa verdaderamente revolucionario. Al respecto, cabe recordar su temprana comprensión unitaria de la revolución y la religiosidad, pues consideraba que desde la política deben contemplarse los problemas de la sociedad civil (Castro, 1997, p. 18).

La fecunda interpretación dialéctica de Fidel entre ideales y realidad ha significado una fragua constante de su pensamiento. De ahí el significado de asumir su legado para desterrar cualquier síntoma de irreal afán de unanimidad, ya que como enfatizara, nuestro sistema social deberá sostenerse por el consenso popular (Castro, 2011, p. 317) y expresarse en la unidad, lo cual adquiere validez cuando se reconoce que:

[...] lo ideal en política es la unidad de criterios, la unidad de doctrina, la unidad de fuerzas, la unidad de mando [...] lo ideal es la unidad. Ahora, eso es lo ideal. Otra cosa es lo real. Y creo que cada país tiene que acostumbrarse a ir librando su batalla en las condiciones en que se encuentre. [...] Hay que buscar unidad de objetivos, unidad en determinadas cuestiones. Puesto que no se puede lograr el ideal de una unidad absoluta en todo (Castro, 1972, pp. 273-274).

Como puede ser apreciado, en sus valoraciones existen nexos entre conceptos como ideal, unidad, autoridad y consenso, que revelan relaciones de poder con capacidades específicas, incluso en la construcción de un nuevo poder revolucionario. En tal sentido, enfatizó que, aunque el poder es refrendado por prerrogativas constitucionales, la autoridad real del poder a través de responsabilidades diversas, descansa en el apoyo y el consenso del pueblo. Por tanto, a su juicio, si el poder es una fuerza moral, puede

decirse que el poder como hegemonía moral es sustento de la hegemonía política y cultural. En cambio, fundamentó los riesgos que genera el poder hacia la corrupción, incluyendo:

[...] la arrogancia, la prepotencia, la falta de humildad, los abusos de poder. Hay hombres que apenas tienen un poco de responsabilidad y ya empiezan a cambiar, comienzan a deformarse –con un poco de poder, no con mucho poder–, y estimo que el riesgo es mayor cuanto más poder tienen los hombres, es una realidad; creo que esto exige, primero, tener una conciencia de la cuestión y estar siempre alerta, estar siempre vigilante contra ese riesgo (Castro, 1992, p. 290).

Es por ello que deben ser retomadas las ideas políticas con mirada prospectiva y sus apreciaciones sobre las lógicas manifestaciones contradictorias entre lo político y la política en las condiciones históricas contemporáneas. Esto justifica el complejo pero necesario diálogo entre ciencia y política, pues cada vez más se impone su instrumentación y formulación sobre la base de estudios y/o investigaciones, para evitar el voluntarismo y la improvisación; sobre todo cuando existen desequilibrios o distorsiones acumuladas, que también demandan las conexiones del arte y la ética con la política.

Con toda justeza, su comprensión dialéctica acerca de la política como “una mezcla de ciencia y de arte”, aunque “más de arte que de ciencia” (Castro, 2003, p. 50), se vincula con la perspectiva martiana y gramsciana sobre el valor de la pasión y la intuición política, para vincular con rapidez hechos aparentemente desconectados entre sí y para concebir los medios adecuados con el objetivo de encontrar los intereses en juego, y suscitar las pasiones de los hombres, orientándolos hacia una sostenida eficacia social.

De tal manera, es muy oportuno considerar el valor heurístico de sus reflexiones teóricas contenidas en sus intervenciones tanto en discursos como entrevistas y reflexiones, con miradas al pasado desde lo polémico del presente y hacia el futuro previsible de momentos que requerirán cambios con sentido de oportunidad. Toda la riqueza contenida en sus formulaciones lingüísticas con su elocuente oratoria, implica aquilatar sus miradas acerca de retos y desafíos a la actividad política, dada la responsabilidad de los auténticos profesionales de ciencia, como permanentes investigadores sociales para contribuir al decrecimiento de las desigualdades, la marginación y al fomento de la inclusión social.

Debe destacarse su criterio acerca de la existencia de razones históricas que justifican continuar subordinando los sentimientos e instintos materiales, a “la creación ilimitada de riquezas culturales y espirituales [...] como la única concepción que pueda abrirse paso hacia la idea racional de cómo debe ser el mundo del futuro”, ya que aún las riquezas espirituales se subestiman” (Castro, 2000). De modo que, los entrelazamientos o relaciones intersubjetivas, constituyen ingredientes o componentes de la objetivación histórica y “[...] tienen también una importancia enorme, y la propia historia no marcha linealmente, tiene avances, retrocesos, y de nuevo avances que se reanudan siempre intercalados con mayores o menores retrocesos” (Castro, 1999b, p. 2).

Por ello, ocasionalmente enfatizó en la importancia de velar por los peligros de toda discriminación e injusticia social que pueda acumularse. Por tanto, al humanismo no basta caracterizarlo con afirmaciones positivas, sino que resulta necesario contrastarlo y diferenciarlo con sus propias insatisfacciones evolutivas y en su relación con la práctica política y el reconocimiento de los errores que aparezcan en el proceso histórico. Es decir, Fidel promovió un humanismo sin la renuncia a una visión ética y autocrítica, y no complaciente desde la política, ya que no se trata de un humanismo eticista que pretende diluir la política en la ética ni ciertas banalidades al uso.

De ahí su inconformidad con la autocomplacencia de “llamarnos país socialista” por todo lo que hemos hecho, mientras ignorábamos toda la justicia que faltaba todavía. No obstante, en las condiciones actuales de transición generacional, el empleo de enfoques hermenéuticos y semióticos no deben soslayarse, sobre todo para contrarrestar las verdades a medias de la subversión mediática y académica, que intentan distorsionar símbolos y valores como en el caso de “Palabras a los intelectuales”, referidos a la democratización cultural e intelectual. En este discurso se apela al clima de unidad y de libertad, se brindan razones del por qué la Revolución deberá ser siempre una obra y una escuela de pensamiento y no de domesticados, así como su constante perfeccionamiento mediante reformas revolucionarias, fecundas y legitimadas por el pueblo, en el espíritu martiano.

Si meditamos en la responsabilidad de continuar forjando los futuros cuadros con un pensamiento prospectivo, debemos perfeccionar las herramientas teóricas y tomar distancia de enfoques unidireccionales, paralelos y dicotómicos, que son en definitiva expresiones superfluas, contraproducentes y dañinas a la enseñanza de las ciencias

políticas y sociales. El común denominador que ha sintetiza y forjado los avances dentro del progreso revolucionario ha sido el transcurso de la integración y de la unificación de los propósitos, planes o intenciones de las fuerzas, formaciones u organizaciones políticas que confluyeron, primero en las ORI, después en el PURSC y el PCC en 1965.

La constitución de los órganos de dirección del Partido Comunista de Cuba en octubre de 1965, demostró una lección para disuadir imposiciones y procesos sectarios, e inauguró un nuevo rumbo para continuar garantizando la cohesión nacional con la conducción política de Fidel. De ahí, su permanente valoración crítica, en los Congresos del PCC, acerca de las incoherencias entre ideales, teorías o concepciones revolucionarias y la práctica social, enfatizando lo acontecido en 1976 con la institucionalización de un Estado nuevo regido por la norma perfectible de la indivisibilidad del poder del pueblo.

Es significativo revisar las innumerables espacios y momentos, desde los años 70, en que Fidel se refiriera a la necesidad de evitar los rumbos torcidos y los errores que justifican la importancia de que el Partido ostente una calidad para evitar errores, por su apego a los principios, por su capacidad, por su unidad y cuya calidad radique en la raíz del Partido para contribuir con la gestión creativa de todos los organismos.

Es oportuno recordar que en el marco del II Congreso del PCC, Fidel alertó acerca de la posibilidad de la reversibilidad del socialismo y convocó a superar los errores cometidos por “inconsciencia, incapacidad o ignorancia” (Castro, 1980, p. 123). Luego, en 2005 centró su atención en la necesidad de una mayor audacia para comprender que “necesitamos muchas ideas bien claras y muchas preguntas [...] acerca de cómo se puede preservar o se preservará en el futuro el socialismo” (Castro, 2005, p. 59).

Acerca de la respuesta requerida a problemas tan relevantes, calificó de urgente priorizar las funciones del Estado de transición como institución “absolutamente imprescindible”, y asociado a ello “hacer desaparecer [...] las ineficiencias del Estado que los revolucionarios no hemos sido capaces de construir mejor” (Castro, 1999, p. 2). Puesto que las funciones gubernamentales y administrativas requieren ser revisadas con urgencia para su perfeccionamiento institucional.

Es pertinente enfatizar en la atención que Fidel razonara sobre la posibilidad real de la “injerencia del Partido en la esfera administrativa” y la imperiosa necesidad de luchar para evitarla, como tendencia burocrática, por lo cual el Partido debe trabajar con su estilo propio de partido revolucionario. Por ello, en el marco del sexto período de sesiones de la Asamblea Nacional, expresó: “[...] nosotros no tenemos todavía una cultura de respeto a la ley y de acatamiento a las leyes, esa es la verdad, ese problema lo tenemos; cómo lo vamos a resolver, no lo sabemos, pero tenemos que pensar en qué forma nos enfrentamos a este problema” (Castro, 1984). En tal sentido, vinculó esta problemática con la disciplina y el orden como ingredientes de la cultura ciudadana, denotando la contradicción entre la cultura jurídica y la cultura política.

Se desprende del análisis esbozado, lo imprescindible de aquilatar las prioridades y/o tendencias que deberán prevalecer en los reordenamientos institucionales y organizacionales, en el ejercicio del poder estatal, así como en el desempeño del unipartidismo político, cuyas disfunciones deben ser erradicadas, en base a la relación diferenciada y complementaria entre el partido y el estado.

En la actualidad, debe priorizarse en el sentido permanente de insatisfacción crítica que Fidel ha legado sobre la necesidad de continuar delimitando las funciones del partido (Castro, 1991, pp. 25-26), del gobierno y de los órganos de la administración. Por tanto, la irrevocabilidad del socialismo, refrendada constitucionalmente, demanda procesos de socialización y de cultura política ciudadanas, que continúen legitimando la democratización cubana, tal como fue abordado en el VII Congreso, para “[...] eliminar la interferencia y suplantación de sus funciones y decisiones provenientes del Partido” (Partido Comunista de Cuba, 2016, p. 18).

En otros momentos previos y frente a interrogantes similares abordó la forma ideológica (Castro, 2006, p. 687) del papel dirigente en que su autoridad moral y política se distingue del parlamento con el que comparte responsabilidad, así como con las restantes organizaciones de masas y todo el pueblo que con anterioridad abordara en la clausura del V Congreso del PCC.

Garantizar el compromiso histórico del partido de liderar con su autoridad educativa, moral y política el progreso de la democratización social, moral y cívica para encauzar los inaplazables cambios y, por tanto, desplegar un renovado ejercicio del pensamiento

creador en la conducción y el control en cada instancia territorial y organizacional, entraña la “ineludible exigencia con todos los cuadros políticos, pero especialmente exigentes con los cuadros del Partido” (Castro, 1999a). Estos resultados deberán estar asociados con la capacidad intelectual-orgánica, pues se requiere mayor profesionalidad política para interactuar y reconstruir el consenso y, por ende, de articular el diálogo constante con todos los integrantes de la sociedad civil.

Al respecto debemos reasumir constantemente su advertencia sobre “la amenaza real por la combinación de las creaciones de la tecnología y el subdesarrollo político” (Castro, 2007, p. 23), pues las “desigualdades reales y la carencia de información pertinente y oportuna da lugar a opiniones críticas”, sobre todo en los sectores más necesitados o vulnerables, también argumentado en otro momento.

Su capacidad prospectiva, su astucia política unidas a su pasión por el conocimiento y el autoestudio permiten concluir que Fidel representa para la contemporaneidad y para el ideal comunista un paradigma político por su estilo fecundo de hacer política y de politización del futuro emancipado.

Conclusiones

La vigencia de su pensamiento paradigmático demanda proseguir su estudio, ante todo para nutrirnos de sus ideas esenciales para la renovación constante en la práctica del proyecto de transformación comunista como propósito político, que debe sustentarse en la investigación, el conocimiento y la crítica para la creación práctica de las alternativas necesarias. No debe olvidarse que la autonomía de la ciencia y su capacidad para juzgar y nutrir a la política de certidumbre, hace posible un diálogo retador y *sui generis* de las ciencias sociales con la política.

A propósito de las reformas revolucionarias en curso, debemos profundizar en la economía como ciencia social, así como en el valor de conceptos, ideas y tendencias que tienden a perdurar en el tiempo y que pueden perturbar la interpretación correcta y que pueden favorecer a errores en cualquier proceso revolucionario profundo.

En resumen, el diálogo que debe favorecer al progreso en todos los ámbitos de la sociedad, dentro de un ambiente de confianza, libertad y democracia real, deberá

traducirse en la legitimación sostenida del unipartidismo político por el pluralismo creador.

A manera conclusiva, teniendo en cuenta los desafíos hacia nuevas formas de hacer política, debemos nutrirnos del legado imperecedero de Fidel para forjar la creatividad a partir de su concepción paradigmática acerca de la política, cuando señalaba que era la más difícil entre las artes y las ciencias.

Referencia bibliográficas

1. Alarcón de Quesada, R. (7 de enero de 1999). El regreso de los sesenta. *Granma*, p. 5, La Habana.
2. Benítez, J. A. (25 de julio de 2008). Textos y contextos en vísperas del 26. *Granma.*, p. 5.
3. Borón, A. (2017). *Fidel, una figura absolutamente extraordinaria. Política Internacional*, La Habana: ISRI.
4. Castro, F. (1968). Discurso clausura del Congreso Cultural de La Habana en el Teatro Chaplin. *Revolución y Religión, Encuentros, discursos y entrevista*. La Habana: Imprenta de la Dirección Política de las FAR
5. Castro, F. (1972). Discurso en reunión con Directiva de la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT). *Cuba-Chile*. La Habana: Ediciones COR.
6. Castro, F. (1980). *Informe Central II Congreso del Partido Comunista de Cuba*. La Habana: Editora Política.
7. Castro, F. (1991). Presente y Futuro de Cuba, Entrevista concedida a la revista *Siempre*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
8. Castro, F. (1992). *Un Grano de Maíz. Conversación con Tomás Borge*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
9. Castro, F. (1997). Comparecencia en el Programa «Ante la Prensa», jueves 17 de diciembre de 1959. *Revolución y Religión, Encuentros, discursos y entrevistas*. La Habana: Editora Política.
10. Castro, F. (1999a). *Discurso clausura V Congreso del Partido. 10 de octubre de 1997*. La Habana, Cuba.

11. Castro, F. (1999b, 28 de noviembre). Discurso de clausura del VIII Congreso de la FELAP. *Juventud Rebelde*, La Habana.
12. Castro, F. (2000). Fidel Castro, *Discurso en la Tribuna Antiimperialista en el 40 Aniversario de los CDR, 28 de septiembre del 2000*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
13. Castro, F. (2002). *Clausura del IV Encuentro Internacional de Economistas*. La Habana: Editora Política.
14. Castro, F. (2003). *Discurso de clausura del V Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, 14 de febrero de 2003*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
15. Castro, F. (2005). *Discurso en el Aula Magna de la Universidad de La Habana*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
16. Castro, F. (2006). *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, (3ra ed.). La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
17. Castro, F. (2007). Respuesta al Mensaje de la Juventud Comunista. *Reflexiones de Fidel*, t. 2. La Habana, Cuba.
18. Castro, F. (2011). Conclusiones en la Asamblea Provincial del Partido de Ciudad de la Habana, 23 de noviembre de 1996. *El Partido, Una Revolución en la Revolución*. La Habana: Editora Política.
19. Castro, F. (6 de julio de 1984). *Discurso Sexto Período Sesiones*. Asamblea Nacional del Poder Popular, La Habana, Cuba.
20. González Casanova, P. (2016) Lecciones de Fidel. *Rebelión*, 29-11-2016 Recuperado de: <http://www.alainet.org/es/articulo/181975>
21. Márquez, R. (1986) La Revolución Cubana: Crisis del mito sobre “el declive” de la ideología, (pp. 176-197). *Jornada Científica Internacional 30 Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
22. Márquez, R. (2009). *Cubanología y Revolución*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
23. Partido Comunista de Cuba. (2016, 14 de mayo). Resolución del 7mo. Congreso del Partido acerca del cumplimiento de los Objetivos de Trabajo aprobados por la Primera Conferencia Nacional y las Directrices del Primer Secretario. Proyecciones para su continuidad. *Granma* Edición Especial, La Habana, Cuba.